

La Soledad de Todos

por Asier Sisniega

Hacía ya diez años que vivía en esta isla donde nunca se oculta el sol. Me hallaba sobre su superficie, solo, rodeado de vegetación y aislado del resto de la civilización que se movía bajo mis pies. Sequé el sudor que caía profusamente sobre mi rostro. Observé de nuevo directamente el sol sin cubrirme los ojos. Me dolía la cabeza, ese maldito pinchazo que no me abandonaba. Siempre creía que tras salir al exterior éste remitiría, pero no era así. Deambulé algunos minutos más, con la cabeza enfrascada en esos temas que siempre terminaban por arruinarme el día. Estaba desesperado. Amaba aquella isla, mas quería que explotara en mil pedazos. Sí, una parte de mí así lo deseaba.

Me fui acercando a la puerta situada junto al cerro, sin que los pensamientos dejaran de turbar mi tranquilidad. Introduje la clave en el panel numérico. Con un leve tintineo la puerta se abrió ante mí. Me desplazé ausente por aquellos pasillos que parecían conducir a ninguna parte y que yo conocía mejor que mi propia alma. Encadené ascensor tras ascensor, hasta alcanzar los niveles inferiores, donde se extendían los principales espacios de nuestra sociedad. Una gran avenida de sección elíptica se abría paso hasta donde mi vista podía llegar a ver. La estructura era metálica en su techo y en su suelo, de un azul parduzco. A ambos lados, se sucedían amplias vidrieras de varios metros de altura, ofreciendo una panorámica espectacular de las profundidades del océano. Cada decena de metros, se hallaban apostados militares que no se despegaban de sus armas, siempre con la vista fija en los grandes cristales. Lo que antes fuera un lugar de paz y recogimiento hacía mucho tiempo que había dejado de serlo. La angustia y la desesperación habían hecho de los habitantes sus mejores presas. Me negaba a aceptar aquello, debía salir de allí. Sin embargo, había algo que me ataba, que me agarraba y tiraba de todas mis extremidades. Quizás de ahí proviniese mi dolor, de querer escapar y ser retenido por ella.

Mi empleo era absurdo. Hace algún tiempo tenía aún sentido cuando los jóvenes gozaban de libertades y aspiraban a conocer el mundo real. Ahora ya no. ¿De qué servía impartir clases de filosofía en una sociedad acabada? Tal vez alguno de aquellos púberes hallara la forma de acabar con nuestro aislacionismo y nos liberara de tan pesada losa. Siempre se habló de la dificultad de predicar en el desierto. Nunca se mencionó de la imposibilidad de hacerlo en el mar. Aquella sociedad no escuchaba, pues se mostraba sorda, ciega y necia ante cualquier posible cambio. Mucho tiempo atrás desistí de cualquier intento de revertir las tornas y convertir aquel lugar en un mundo mejor. En alguna ocasión, incluso había pensado en el suicidio. De nuevo, me veía sujeto por aquella fuerza que me superaba. No tenía elección ni para mi propia muerte.

Los niños aún guardaban esa curiosidad por preguntar sobre aquellos lugares ajenos que no conocían y probablemente nunca llegaran a pisar. Poco a poco, el volumen de cuestiones se había visto mermado, ya que se había anulado el espíritu aventurero y de superación de nuestros más tiernos infantes. No querían conocer otro espacio, allí se sentían protegidos, pese al evidente peligro. Sus pensamientos eran continuamente demolidos en loor del nuevo código y sus pertinentes valores. Aquella votación del año anterior había supuesto el fin para todos. Aún me preguntaba quién tenía la culpa del punto en que nos hallábamos. Ni yo mismo era capaz de discernirlo con claridad.

Durante el último lustro los ataques se habían sucedido. Poco sabíamos de los motivos, menos de la causa. Cualquier intento de abandonar la isla se convertía en una nueva tragedia en alta mar, no importa lo grande que fuera el buque en que se desplazaran nuestros compañeros y hermanos. Del mismo modo, se sucedían los ataques contra las vidrieras, que por su carácter vulnerable resultaban presa fácil. Se habían reforzado en numerosas ocasiones, de manera que resistían algunas de las investidas, pero no siempre era así. Cada gran estancia gozaba de sistemas automáticos de sellado en caso de peligro. Si la acometida se producía en un lugar concurrido morirían gran cantidad de compatriotas, ahogados pese a los numerosos respiradores habilitados. Los que lo habían visto, lo describían como una gran masa oscura que se desplazaba con agilidad entre la negritud del océano. Yo nunca lo había contemplado y sinceramente me daba igual, no lo tenía miedo. Mucho más temor me infundían los ciudadanos y lo que entre todos éramos capaces de llegar a hacer por nuestra seguridad.

Inicialmente, las ofensivas tenían lugar cada quince días, hasta que los barcos dejaron de zarpar. Fue entonces cuando se elevaron a uno por semana o incluso uno cada cinco días. El transporte aéreo resultaba inviable, pues hacía años que no recibíamos combustible, abandonados por el resto de habitantes de la Tierra. Había apartado mi fe en el ser humano, cuando los vuelos dejaron de llegar. La comida nunca había escaseado, dado que nos encontrábamos en un área de grandes bancos de peces. Sabía, que tarde o temprano todo estallaría y guerras internas se desencadenarían, siendo los inocentes las inevitables víctimas.

Cada día a los dos de la tarde, me vestía escasamente con un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Corría por el exterior como alma que lleva el diablo, circundando el cerro central o escalando a través de él. En la parte superior se encontraban abandonadas unas baterías con sus piezas de artillería aún dispuestas, pues ahora la defensa se desarrollaba desde las profundidades. Todos los días, en el mismo preciso instante, me colocaba erguido en aquel punto y gritaba, gritaba, gritaba. Nadie podía oírme, preferían permanecer en las profundidades donde se sentían menos expuestos al peligro. Pobres desgraciados.

A mi regreso escuché el sonido de las alarmas, los alaridos y sollozos frutos de la frustración y la impotencia. Esta vez habían sido tan sólo dos las víctimas. La sociedad estaba acostumbrada a rehacerse tras algunas horas, continuar con su normalidad, pero con el miedo tatuado a fuego en su interior. Nada perturbaba mi usual modo de vida, ni los ataques, ni el sosiego. Ya no me preocupaba por conocer los nombres de las fallecidos. Me encerraba en mí mismo, en la soledad de mis pensamientos. No necesitaba a nadie más. En mi mente se multiplicaban las voces, que convertían las horas en tertulias sin moderador, ni rumbo aparente.

Algunos días después decidí que, tras mi liberadora salida exterior, acudiría a la sala de exposiciones donde conservábamos algunas de las mayores joyas del legado pictórico mundial. Mientras en todo el globo las muestras se separaban en diferentes categorías o incluso distintos museos, aquí se aglutinaban en una misma área, la cual arrojaba un cúmulo de sensaciones indescriptibles. Allí estaba ella, serpenteando entre los visitantes, que se demoraban epatados ante cada obra maestra. Ella era el nexo que me unía a aquel lugar, las cadenas que me ataban a ese pedazo de roca y metal. La seguía a algunos pasos de distancia, repitiendo sus gráciles movimientos. Estaba convencido de

que ella era consciente de mi presencia, aunque no llegó a tornarse en ningún momento. Poco importaban ya los óleos que dejaba tras de mí y que conocía tan bien como su esbelta figura.

Entre el gentío llegué a perderla de vista. No suponía un problema, no era éste un sitio donde la gente se pudiera desvanecer con facilidad. Tomé el ascensor que llevaba al nivel Sub-23. Instantes después de que las puertas se abrieran, pude volver a contemplar su magnético contorno. Sin dubitación caminé hacia ella, con el arrojo que siempre me había caracterizado y la besé con fuerza en los labios sin mediar palabra. Cuando despegamos nuestras bocas, ella me observó fijamente y añadió:

- ¿Por qué has tardado tanto?

Mi dolor de cabeza súbitamente desapareció. Las cadenas que me ataban se soltaron y sentí que aquel era mi lugar, que no había necesidad de huir, de ir más allá. Tal vez hubiera aún motivo para la esperanza.